


De Salta a Atacama

Relato y fotos: Soledad Gil

Dos países y una sola historia: la de la frontera solitaria y a su vez habitada por gendarmes, carabineros, volcanes, montañistas, puna, oasis, incas y arqueólogos.



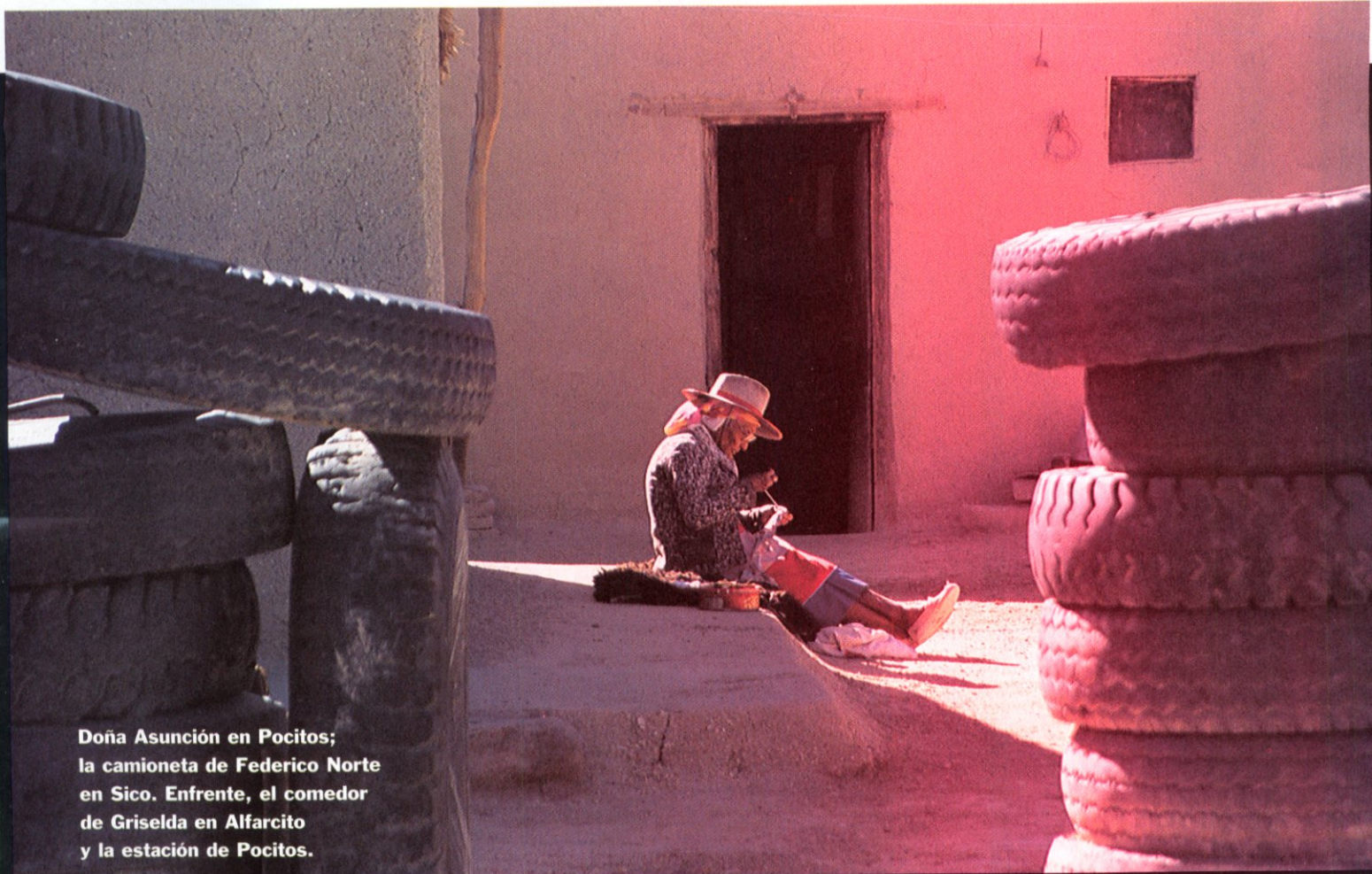


Subir el gran médano para ver el atardecer en el Valle de la Luna

En páginas anteriores,
el viaducto del Toro en Salta
y una cruz de lanas de
colores en Machuca, Chile.

es una cita obligada de quienes llegan a San Pedro de Atacama.





Doña Asunción en Pocitos; la camioneta de Federico Norte en Sico. Enfrente, el comedor de Griselda en Alfarcito y la estación de Pocitos.

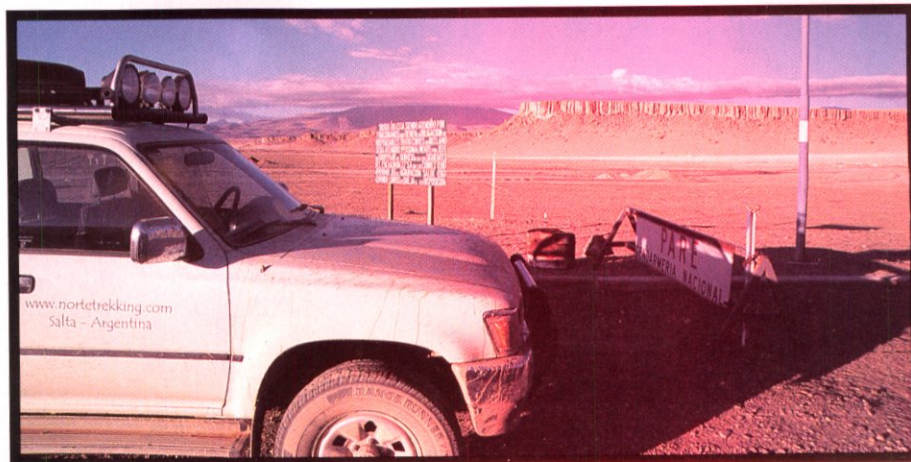
Hace unos 500 años, una niña de seis años, un niño de seis y medio y otra de quince llegaron a la cima del Llullaillaco, de 6.730 metros, en la frontera entre Salta y Chile. Eran los elegidos de la ceremonia de la Capacocha cuzqueña —desde donde vinieron posiblemente caminando— para ser ofrecidos a los dioses incas en carácter de *huacas* o mensajeros divinos. Se trata de los restos —o momias— hallados a mayor altura del mundo, y los mejor conservados, con su piel, pelo y vestimenta. Murieron —probablemente congelados, después de adormecerse con chicha u otra sustancia— y fueron enterrados en la cima del volcán junto con un valioso ajuar.

En octubre de 1923, el ingeniero Ricardo F. Maury y su colega Nicanor Alurralde cruzaron a Chile por Socompa para verificar una inquietud de las autoridades chilenas. Comprobaron que, en efecto, el paso del ferrocarril trasandino por Huaytiquina —como estaba planeado originalmente— complicaba los trabajos del vecino país, donde la obra encontraba mayores resistencias. Por Socompa, en

cambio, se alargaría el tramo argentino a construir, pero se reduciría la distancia total entre Salta y Antofagasta. Fue entonces cuando se modificó el trazado, que llegó a la frontera en 1948. Se mantuvo, sin embargo, el nombre de “Ferrocarril Huaytiquina” y la frase “Huaytiquina paga”, que se hizo popular en los bares y prostíbulos salteños: el jornal de un

obrero era de \$6,40 versus los \$2 que percibían por trabajos “normales”.

El 19 de enero de 1986, en el Llano de la Paciencia, en las afueras de San Pedro de Atacama (Chile), Juan Copa recolectaba leña cuando se topó con una de las 600 mil minas antipersonales que los chilenos ocultaba-



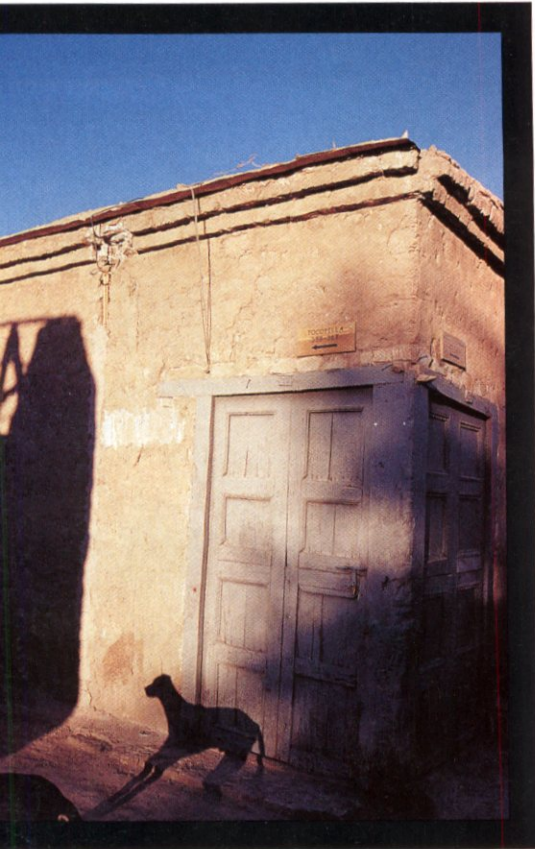
ron a lo largo de la frontera argentina (también de la boliviana y la peruana) en 1978, con motivo del conflicto del Beagle. La explosión le arrancó ambas manos y antebrazos, le abrió el tórax, le quebró las costillas y le voló un ojo. Juan es uno de los quince heridos y cuatro muertos que salieron a la luz con las investigaciones del periodista salteño Antonio Oieni del diario *El Tribuno*, sólo en los frentes chilenos con Salta y Jujuy. Las notas que publicó en 1999, le valieron el premio Periodismo en Profundidad de la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP) y obligaron a las autoridades chilenas a activar los compromisos asumidos ante la ONU y demás organizaciones internacionales. De hecho, ya retiraron 350 mil minas y han ratificado que las tareas estarán listas antes de 2008.

En marzo de 1999, una expedición comandada por el arqueólogo americano Johan Reinhard y la argentina Constanza Cerutti encontró los cuerpos de los niños del Llullaillo (hoy conocidos como "el niño", "la niña del rayo" y "la doncella", véase nota aparte).

Pasaron más de diez días en la cumbre, acompañados por expertos argentinos y peruanos, y personal del Ejército Argentino que colaboró en el traslado de las momias a Salta, sin que perdieran la cadena de frío. Más allá de que se trató de una expedición financiada en parte por la National Geographic en territorio argentino, como dato destacable, cabe recordar que la ladera chilena del volcán está minada, al igual que la del Licáncabur, compartida con Bolivia en la zona de San Pedro de Atacama, entre muchas otras, por "prevención bélica".

En 1941, comenzó la explotación de Mina Julia, en la parte más occidental de Salta. Rica en azufre, pasó de ser una empresa privada —de don Eduardo García Pinto— a convertirse en una empresa mixta —en 1943—, antes de integrar la Dirección General de Fabricaciones Militares en 1951 y conocerse como Establecimiento Azufrero Salta de 1952 a 1978, cuando cesó la actividad minera. De la mina se transportaba el mineral a la planta de concentración de La Casualidad, a 4.200 me-





tros de altura, y de allí a la estación ferroviaria de Caipe por un inédito camino asfaltado de 68 km. De ese período se registra una población total de 1.400 personas entre operarios y familiares. Hoy la ruta está en pésimo estado y el pueblo abandonado.

En la década del 30 —cuenta Federico Kirbus— un buque atracó en el puerto de Buenos Aires y la tripulación bajó a tierra. Dos de ellos, aparentemente, se atrasaron y perdieron el barco que continuaba por el Cabo de Hornos hasta Antofagasta. Esa navegación le daba a los dos marineros perdidos unas cuantas semanas de tiempo, y ambos, desesperados, decidieron llegar por tierra hasta esa ciudad. Tomaron el tren de Retiro a Tucumán, y de allí a Salta. El Ferrocarril Huaytiquina llegaba por entonces sólo hasta Olacapato y, con los medios de locomoción que tenían los obreros del tren, habrían llegado a Caipe. A pesar de que quienes conocían la Puna le advertieron de los peligros de seguir solos más adelante, el hecho es que tras avanzar un trecho a pie, uno de ellos murió de frío, hambre y sed. Su cuerpo fue hallado por la familia Alegre, que encontró en el bolsillo de su saco una

carta dirigida a su madre. Así supieron que se llamaba Karl Wilmer, y que tenía 28 años. El lugar donde está enterrado se conoce con el nombre de Alemán Muerto, y es uno de los parajes por los que pasa el tren.

Cada 30 días, les toca “bajar” a los gendarmes. “Bajan” de los 4.293 metros de Sico y los 4.400 de Jama, los pasos vehiculares habilitados, pero sobre todas las cosas, bajan de su aislamiento. Pasan ese mes entero junto a otros dos o tres gendarmes, y a un oficial de aduanas que, como depende de la AFIP, se mueve bajo otro régimen y “sube” por nada más que una semana. Tienen tele y un zeppelin con gas, pero la comida deben pagarla de su bolsillo (además de prepararla, claro). Y si Sico y Jama están aislados, qué decir de Socompa, el paso temporario cuya habilitación está sujeta al funcionamiento del tren de carga. Hay en Sico un cartel que dice “Socompa, al oeste del silencio”. Aunque el viento sopla tan fuerte que es difícil escucharlo.

Basta pasar unos pocos días en estos alejados parajes de frontera para entender que la soledad es aparente... Enorme si se pretende establecer una relación entre las distancias y los poblados, pero imperceptible si se enlaza a los incas con los andinistas y los arqueólogos, a los gendarmes con las fronteras y las amenazas de guerra, al ferrocarril con la minería, y a los aventureros de todos los tiempos con la puna, que es territorio ideal para esas andanzas infinitas...

Salta no tiene la cantidad de pueblitos de altura que tiene Jujuy, pero se equivoca quien no advierte presencias. Es un poco como percibir fantasmas, adivinar historias donde parece no haberlas, rastros de vida donde la riqueza mineral es avasallante... pero no la única. Para una primera aproximación, lo ideal sería hacerlo desde el aire, desde las cumbres, como los incas. O desde el tren, que atraviesa esa inmensidad y es parte fundamental de ella desde hace más de 50 años... Pero los aludes de este verano fueron severos, impidiendo la operación durante febrero y marzo, y montañistas en LUGARES no hay... De modo que recurrimos sin dudarlo a Federico Norte, combinación imbatible de guía que conoce al dedillo todos



Los géiseres del Tatio en acción; adobe y sombra de uno de los perros de San Pedro.

los caminos y andinista experto que escaló varios de esos cerros, para proponerle cruzar la cordillera y llegar a San Pedro de Atacama, a donde no íbamos desde la edición número 54.

Con camioneta nueva, equipada con doble tanque de combustible —y bidón extra, pala, botiquín con oxígeno, como sería deseable salir siempre a la puna— salimos desde Salta hacia la RN 51. Fede se acordó de llevar también coca, agua mineral y el diario para de-

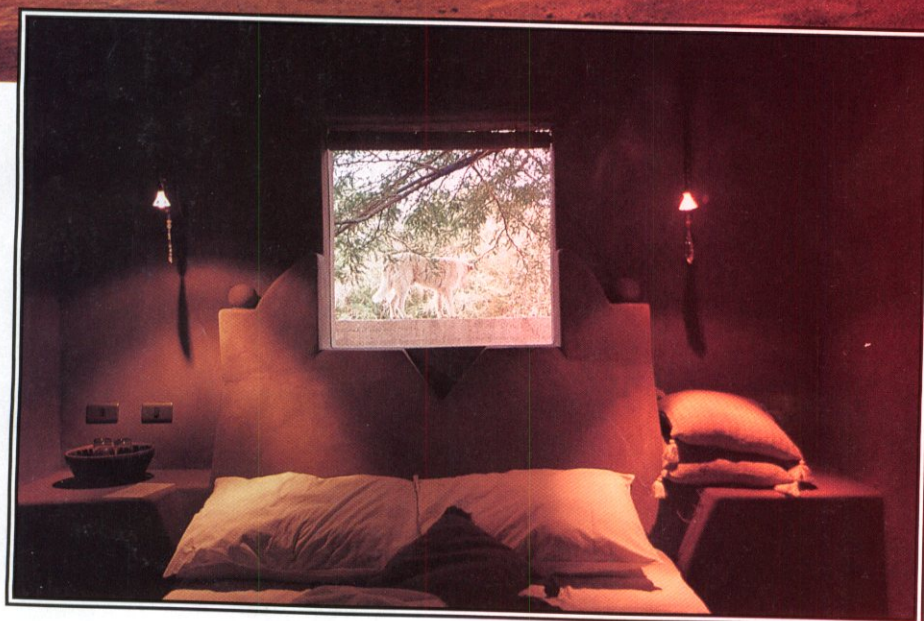
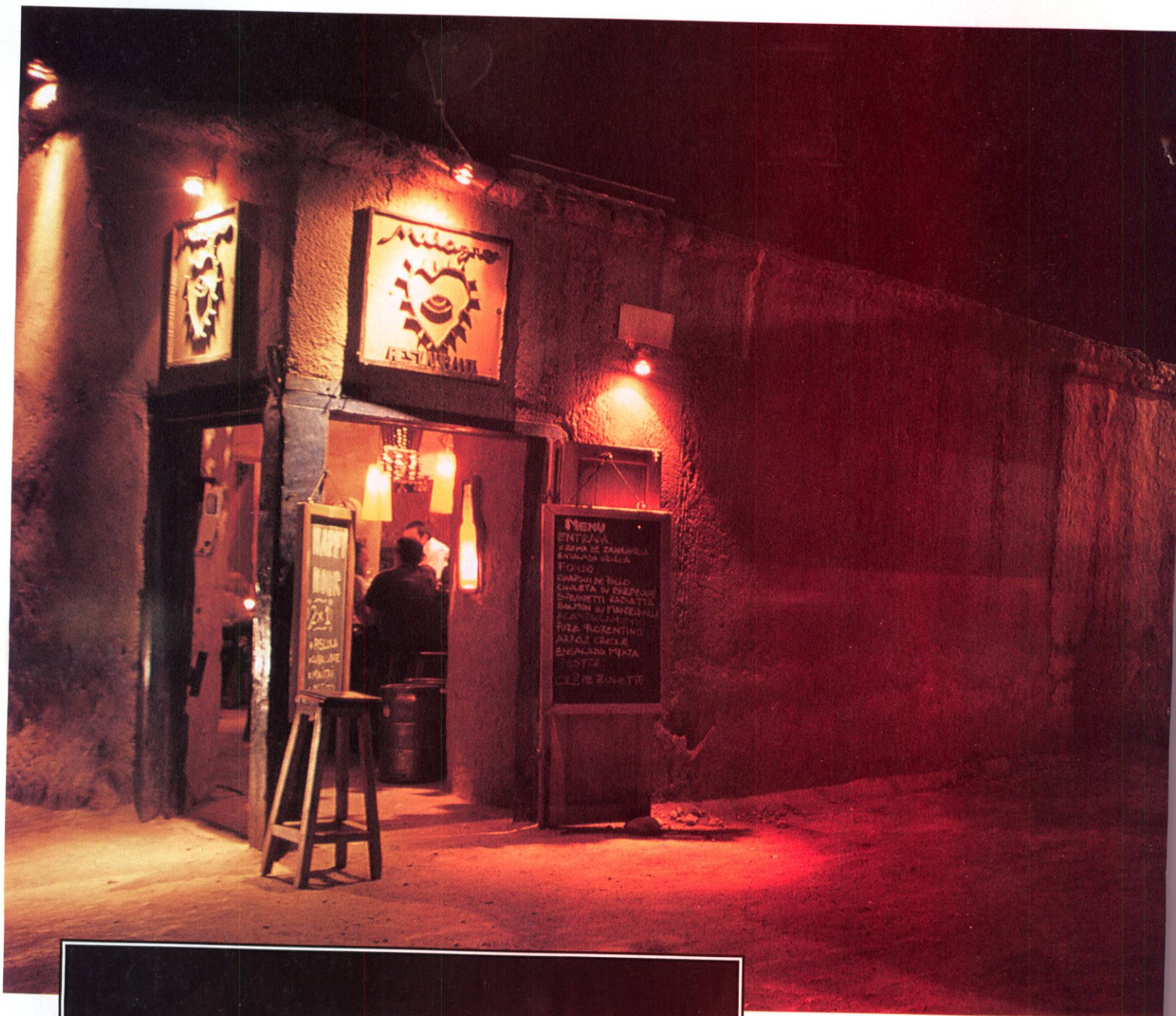


jarles a los gendarmes que leen todo con avidez. “Hasta los clasificados”.

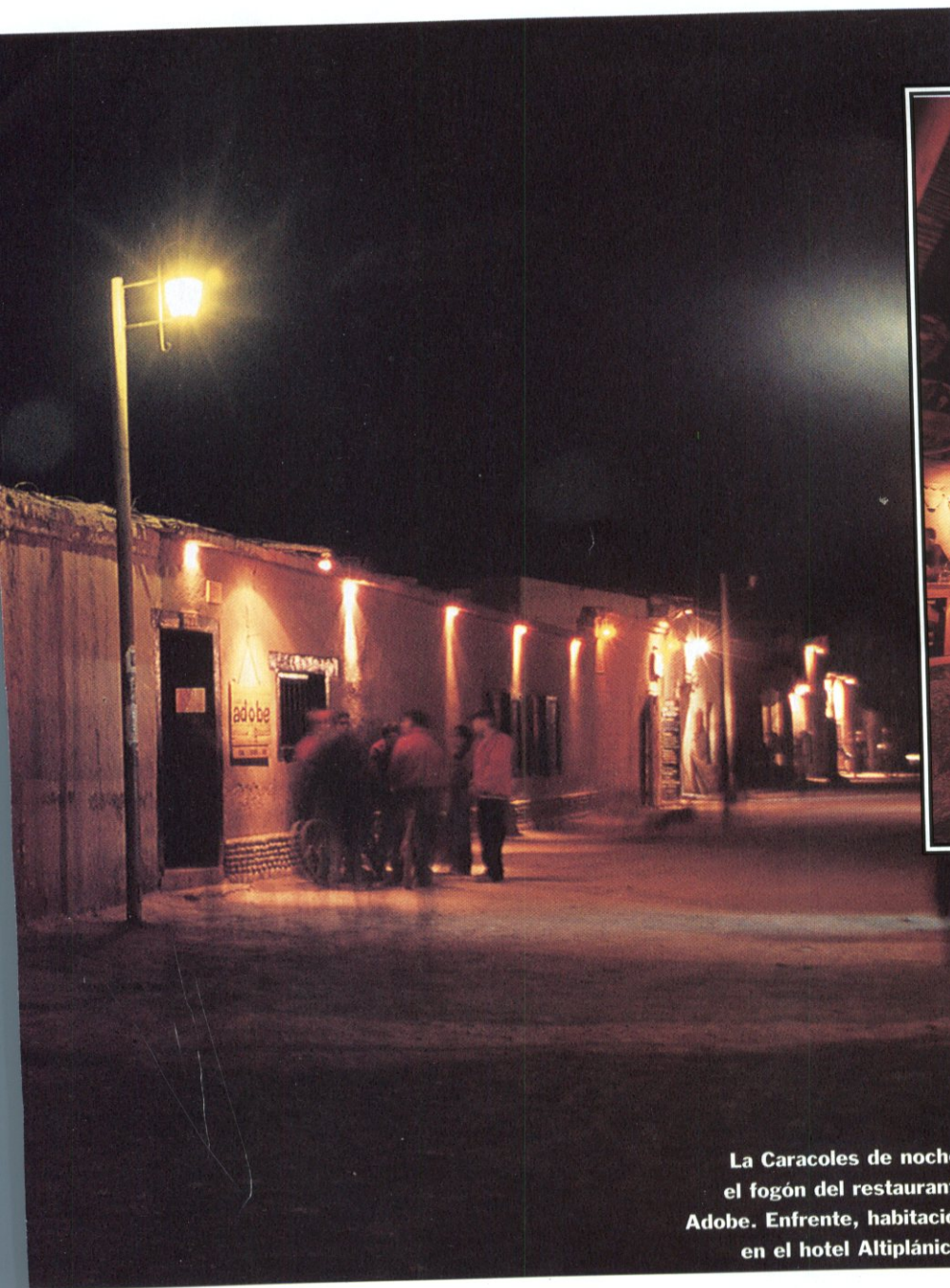
En ruta

La Quebrada del Toro, además de escénica e impresionante, es la que más despliegue de ingeniería ferroviaria tiene: si nunca la recorrió pormenorizadamente, vale detenerse en las ruinas de Santa Rosa de Tastil, entrar —cuando el camino lo permite— en San Bernardo de las Zorras, y hasta almorzar algo en el comedor de Griselda (con cartel) en El Alfarcito. Si, en cambio, llega al mediodía a San Antonio de los

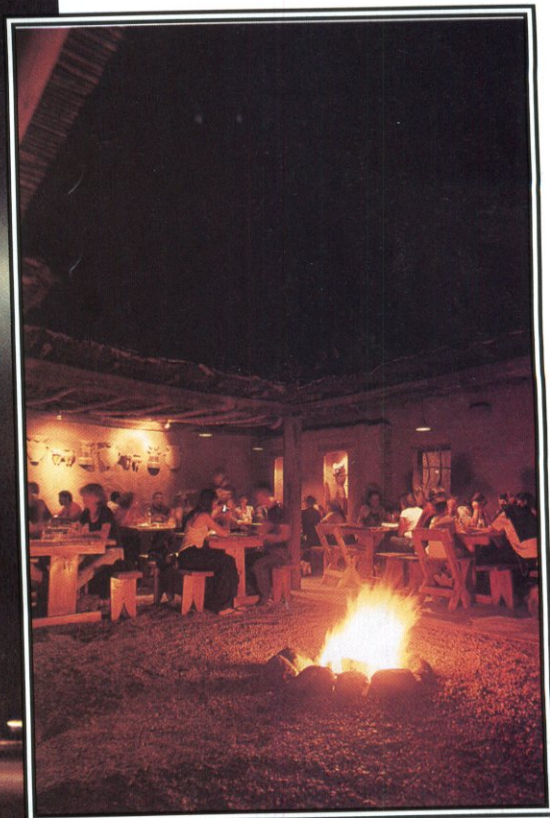
LAGUNA LEJIA ←
PASO DE GUAITIQUINA ↑



Cobres, sepa que en la *Hostería de las Nubes* la concesión está ahora a cargo de Maresur (los mismos de la *Isla Victoria* y el hotel *Tunquelén* de Bariloche), y que en el Norte desembarcaron primero en la hostería de Iruya. Para ello, "importaron" recientemente de la Patagonia a Sol y Ricky Varela, que todavía se las están viendo con el apunamiento, pero que ya empezaron a imponer el sello de la cadena en la modesta hostería. La cocina, por lo pronto, es una de las primeras beneficiadas. Y si hay loco, pídale sin pensarlo.



**La Caracoles de noche;
el fogón del restaurante
Adobe. Enfrente, habitación
en el hotel Altiplánico.**



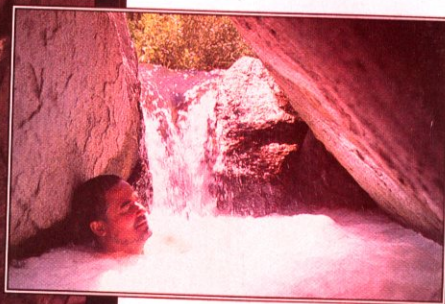
pasamos la noche en el puesto, escuchando cómo es la vida en la frontera: el agua, los cazadores y “huaqueros” (traficantes de reliquias arqueológicas), los relevos y otras historias amañaron el dolor de cabeza que nos provocaba la altura.

Suelo chileno

Al día siguiente, al alba, ya estábamos en territorio chileno. Aunque Socompa se había frustrado, queríamos andar un poco por Huaytiquina. Si bien el paso fronterizo no está habilitado (de ninguno de los dos lados), después de la Avanzada de Laco —donde es obligatorio detenerse para control del SAG, las autoridades sanitarias chilenas—, sale el desvío que va a Huaytiquina. Es una huella en buen estado donde apenas se leen carteles oxidados y abundan los huesos de vacas, de cuando era común el cruce de ganado de uno a otro país. Otros tiempos. Imagínense: ¡si ahora a duras penas pasamos los humanos! Entre campos minados y burocracias, cuesta creer que en plena era de los acuerdos bilaterales, la globaliza-

Con el tanque bien lleno, dejamos atrás el pavimento y la civilización. Mientras avanzábamos, Federico nos fue señalando los cerros: el Tuzgle, el Quewar y, más allá, el Llullaillaco, al que ascendió para conocer el santuario con sus propios ojos. Ese relato nos mantuvo entretenidísimos hasta que llegamos a Pocitos, con toda su impronta de pueblo ferroviario. Teníamos intenciones —frustradas— de cruzar a Chile por Socompa, y nos habían dicho que allí estaba el oficial de Aduanas: como los trenes no funcionaban

regularmente por los aludes mencionados, no tenía sentido mantener al pobre hombre allá lejos, al oeste del silencio. Cómo explicarles que en Pocitos encontramos más versiones acerca de dónde estaba el “aduanero” que gente, pero del sujeto, ni rastros. Además, el único alojamiento (lleve su bolsa de dormir) estaba lleno (de mineros, no de turistas), de modo que resolvimos que sería más seguro cruzar por Sico. El cambio de planes nos demoró, pero por suerte los gendarmes, muy amables, nos recibieron en la emergencia y



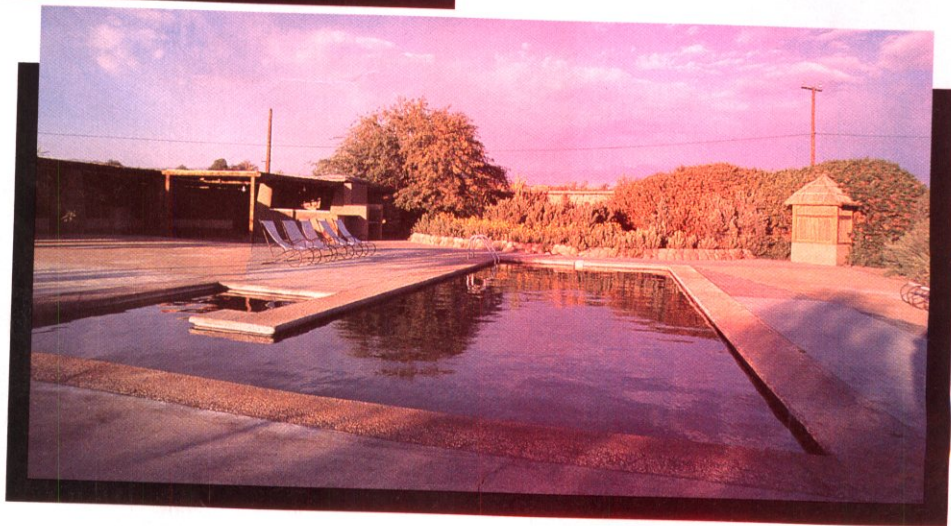
Zahel en los piletones de Puritama; chapuzón en otro de los pozones; piscina del Altiplánico. Enfrente, iglesia y pueblo de Machuca.

Zahel nos contó que su nombre –y el de sus hermanos Llerco y Llerfrán– provienen del capricho de su padre que era ateísimos y no quería bautizar a sus hijos con nombres del santoral. Lo que hizo fue tomar sílabas de los nombres que había en la familia (como “llec” de Guillermo o “za” de Quezada) y combinarlos.

Zahel es de Temuco, pero vivió mucho tiempo en Francia, hasta que cuando quiso regresar a Chile se dio cuenta de que toda su familia se había mudado a San Pedro siguiéndolo a Llerco, ex propietario de un clásico del pueblo, el restaurante *La Estaca*. Entonces le dijeron: “si quieres volver a casa, ‘casa’ queda ahora en Atacama”. Y aquí está.

ción y el Mercosur, las autoridades no consigan amainar las rivalidades fronterizas recíprocas que están afectando directamente al turismo, entre otras actividades.

Mientras tanto, los guías argentinos no pueden trabajar en Chile y viceversa, de modo que Federico había contactado a su socio y amigo, el guía Zahel Quezada, para compartir esta parte del viaje. Mientras avanzamos por las lagunas de Aguas Calientes y Lejía,





Zahel también es montañista y nos hizo reír contándonos del español cabeza dura que insistió en tirarse en parapente del Licáncabur —a pesar de que lo previnieron acerca del peligro— y terminó esperando 14 horas que lo fueran a buscar con fracturas múltiples al pie del volcán. O la vez que un buzo de lagunas de altura encontró en la misma cima una bola de cristal que le “quemó” en la mano. Resulta que la largó, volvió a bucear para encontrarla y nunca más dio con ella. Habían empezado a tejerse las mil y una teorías sobre la esfera mágica, que era antiquísi-

ma, poderosa, etc, hasta que una mujer muy esotérica leyó la noticia y confesó que había sido ella y que lo hacía en todos los cerros que escalaba...

La aridez mermó por primera vez en So-caire, donde almorzamos, pero hubo que llegar a San Pedro para confirmar que se trata de un verdadero oasis, en el sentido geográfico y poético del término.

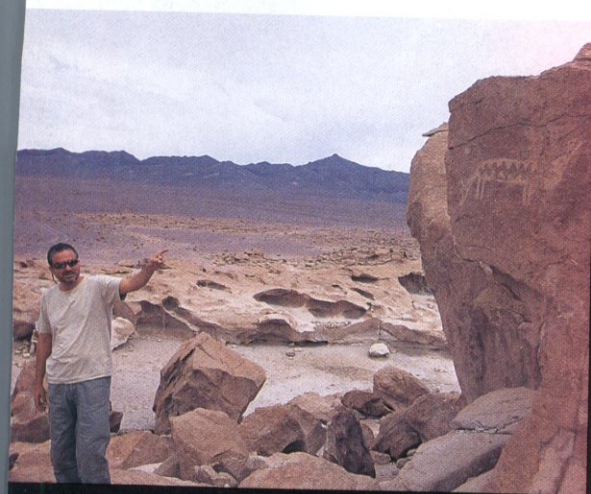
San Pedro de Atacama

No hay en el altiplano un pueblo como este, con su singular calle principal, la Caracoles, poblada de agencias de viajes, restaurantes, bicicletas y perros, y

esa mezcla de gringos y hippies, de atildados que se alojan en el *Explora* con su paquete de tres días, o mochileros que llegan para quedarse toda la vida.

Aunque por más oasis que sea, no deja de ser un desierto, y al mediodía el calor es impiadoso: no queda un alma en el pueblo, hay que salir de excursión o refugiarse a la sombra, acodarse en alguna barra a esperar que llegue la tarde tomando pisco sour.

Nosotros teníamos buen rumbo: el hotel *Altiplánico*. Allí nos esperaba su gerente, María Angélica Vergara, para mostrarnos algunas de las 23 habita-



ciones que se desparraman a lo largo de un terreno extenso, a modo de una verdadera aldea altiplánica. Ese era el concepto que Maite y Juan D'Etigny, sus propietarios, quisieron darle cuando decidieron abrir su casa al turismo, sin tener ni pista de cómo era el negocio de la hotelería. A fuerza de intuición y buen gusto decoraron los espacios sin que uno sea igual a otro, pero creando una armonía general que redundaba en un clima agradabilísimo. El adobe gobierna entre curvas, piedras, figuras, claraboyas y vidrios de colores. Entre las habitaciones, parcelas cultivadas con alfalfa o maíz consiguen la atmósfera de aldea tan buscada. Y en el medio, el cielo y la silueta de los volcanes... Para qué armar pasillos cubiertos, si no llueve casi nunca. Apenas unos minutos y pocos días al año, que se cuentan con los dedos de una mano. "Al principio, como es tan escaso, uno siente cierta felicidad, pero si llega a llover más de una hora, me desespero: ¡se me va a deshacer el hotel!, pienso", cuenta María Angélica. El *Altiplánico* del Norte funciona tan bien que ya están construyendo su versión austral en las Torres del Paine, donde Maite se lamenta de no poder hacer uso de la plasticidad del adobe.

Los Géiseres del Tatio

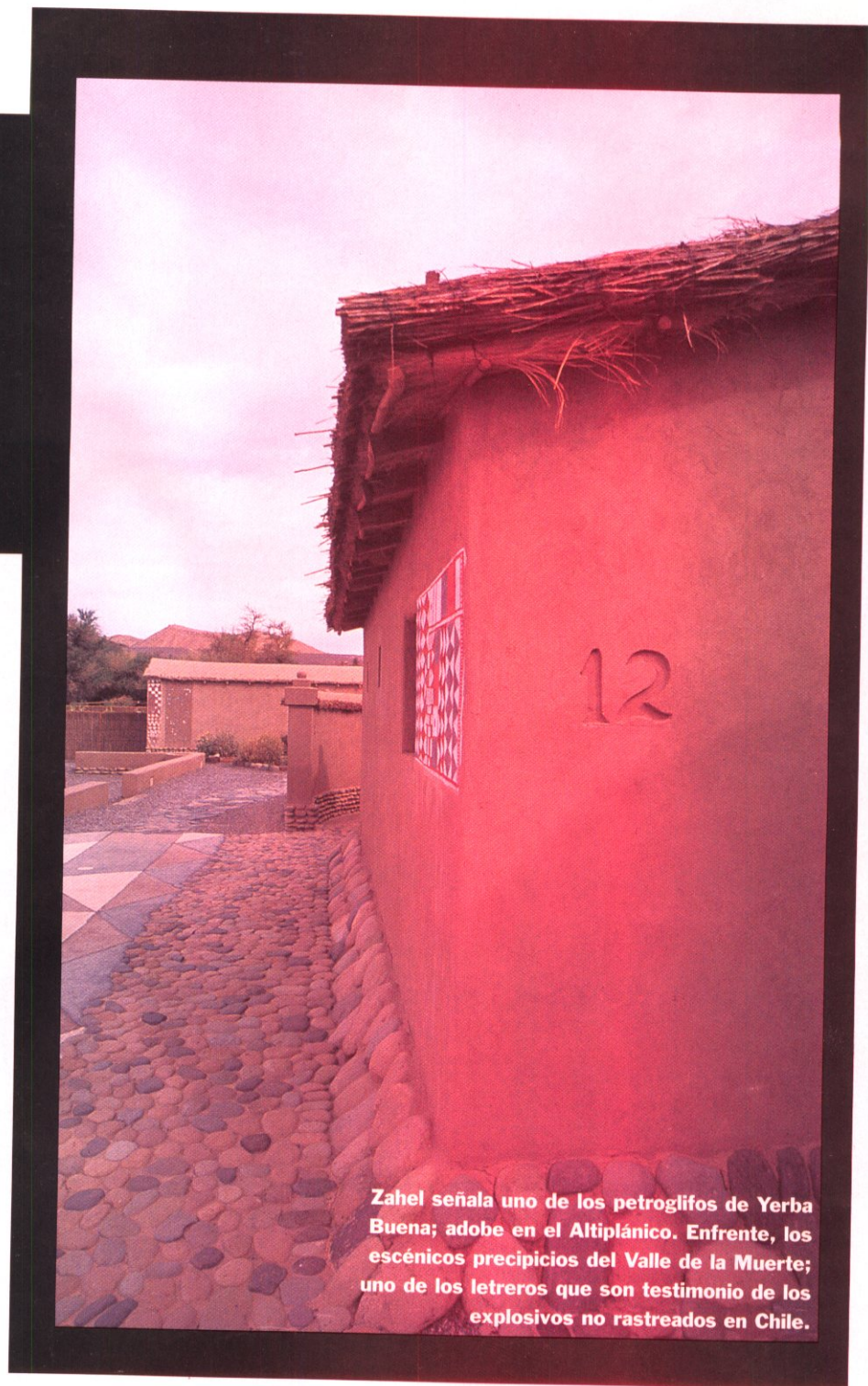
El que quiere celeste, que le cueste; y el que ansíe ver uno de los espectáculos más impresionantes de San Pedro,

tendrá que madrugar, y mucho. Para apreciar las columnas de vapor que desprende este campo geotermal de 250 géiseres a 90 km del pueblo, hay que salir antes de las 5 de la mañana y llegar mientras aún es de noche.

Como buenos profesionales, Zahel y Federico hablaban en el camino —mientras todos los demás roncába-

mos como angelitos— acerca de las nuevas obras que están realizando en el Tatio: construirán baños y sala de primeros auxilios para los incautos que se acercan demasiado a las hirvientes aguas, y cobrarán entrada.

Entre el madrugón y la altura, el frío suele ser intenso a pesar del abrigo, pero ayuda también a despabilarse y estar



Zahel señala uno de los petroglifos de Yerba Buena; adobe en el Altiplánico. Enfrente, los escénicos precipicios del Valle de la Muerte; uno de los letreros que son testimonio de los explosivos no rastreados en Chile.